

América en las utopías políticas de la modernidad

Edgar Montiel

«Si les hablase de aquellas cosas inventadas por Platón en su República, o de los que hacen los utópicos en la suya, aunque fuesen, como en realidad son, mejores, podrían no obstante parecerles extrañas por existir aquí la propiedad privada, al paso que allí todo es común».

Tomas Moro, *Utopía* (1516)

El anhelo inmemorial de felicidad acumulado desde tiempos antiguos se hizo «realidad» en América, pues ella nació al mundo en pleno Renacimiento como la sede del Paraíso. Por eso se puede decir que por ósmosis la admisibilidad de la *Utopía* acabó formando parte de una concepción perfeccionadora del mundo, donde América aparece como la «prueba» de una visión (y versión) que el Occidente se formó de ella misma.

Su otredad en cuanto a cultura y naturaleza dio a América, a los ojos clásicos del Renacimiento, un aura edénica. Así, lo que era histórico y cultural se volvió para Europa mítico y utópico¹. Esta percepción ha dejado una pesada huella, pues más encubre que revela.

El hombre es el único animal que sueña. La Utopía es una permanente creencia colectiva en el perfeccionamiento de la realidad, para hacerla más grata a la condición humana. Condenados a ser libres y felices, hay en el ser humano una incurable condición utópica. Para na-

¹ *La literatura sobre América y la Utopía es ya abundante. Mencionaré aquí sólo tres grupos de trabajos que cuentan con notoria solvencia histórica. La tetralogía del escritor e historiador madrileño Ciro Bayo: La Colombiada, Los Maraños, Los Césares de la Patagonia, y Los Caballeros de El Dorado. En un enfoque de rigor documental, la trilogía del historiador español Juan Gil, publicada con el nombre general de Mitos y utopías del Descubrimiento (1989). Para un enfoque americanista, se recomienda la trilogía del ensayista uruguayo Fernando Aínsa: Los Buscadores de la utopía (1977), Necesidad de la utopía (1990), y De la Edad de Oro a El Dorado (1992). La aclaración de este «error de óptica» de Europa la hace Juan Gil en el primer volumen de su citada trilogía.*

vegar en las aguas procelosas de la esperanza hay que tener presente que la esperanza es a la historia lo que la reproducción es a la naturaleza: principio de vida, de continuidad y no de muerte, pues toda colectividad humana lucha por conservarse. A la esperanza lo mueve un *ethos* de vida, de armonía y trascendencia.

Apoyándose en los cronistas de la Conquista, quienes pusieron las primeras piedras de un edificio utópico que se eleva a medida que pasa el tiempo, se podría afirmar que América lleva en su nombre una connotación utópica –una partida de nacimiento ideal–, de modo que hablar de América y Utopía puede resultar al fin de cuentas un pleonasma. ¿Qué hizo América para recibir de los Otros esa aureola?

I

Vayamos por partes, comenzando por las denominaciones. ¿Por qué razón el continente lleva el nombre de América y no de Columbus o Colombia, como habría sido lógico para honrar a los «descubridores»? ¿Qué hizo Américo Vespuccio para que este continente lleve su nombre? Mientras Colón lo descubrió para Europa, Vespuccio lo describió. La fuerza del *logos* y la metáfora se ha mostrado siempre más poderosa e influyente que la mera verificación; y esto ha creado una tradición.

Recordemos que en sus breves *Cartas de Viaje* a la familia Médicis, de la que era servidor, Vespuccio cuenta con toda naturalidad lo que vio en sus incursiones a las ignotas costas de Venezuela, Brasil y Argentina, y allí dice cosas como estas: «Los hombres no acostumbran tener capitán alguno, ni andan en orden, pues cada cual es *señor de sí mismo*. La causa de sus guerras no es la ambición de reinar, ni de extender sus dominios, ni desordenada codicia, sino alguna antigua enemistad de tiempos pasados». Y remata con el aserto: «No tienen rey ni señor, ni obedecen a nadie; *viven en entera libertad*».

Para la Europa de entonces, regulada severamente por relaciones de servidumbre, donde los demonios del feudalismo no habían desaparecido, estas cartas despertaban de pronto el anhelo de salvación, que hacía rechazar la realidad circundante para buscar esa recóndita felicidad. La esperanza se había objetivado. La ilusión se hizo carne, la Tierra Prometida existía y estaba ubicada en las tierras de Américo, allí no tienen rey, ni señor, ni obedecen a nadie. Y se pronuncia en el firmamento la frase fulminante, que tendrá un poderoso efecto en el imaginario de Europa: ¡viven en entera libertad!